

con el entusiasmo negro, la danza blanca de las damas rubias y los espigados galanes.

Olvida, por eso, antiguas lamentaciones y escribe su oda pindárica a la luna, su saludo centenario a Bolívar, su encargo a Flora, volviendo actual la decisión de fuerza del poderoso elogiante de los juegos olímpicos, contrayendo la épica, reduciendo la

bucólica a un recuerdo para Fray Luis y un ruego para Flora: "Soledad, buen amor y unas manzanas..."

Muy grato es para nosotros el nombre de Gregorio Castañeda Aragón, poeta de hallazgos modernos, amigo de la Amazonia, original vigía del Magdalena en nuestra Colombia grande.

Augusto Arias

Quito, Ecuador.

Occidente y Oriente Hacia una nueva Edad Media

—Envío del autor—

El espíritu de continuidad es la más imperiosa de las necesidades en nuestra época en que los pueblos establecen el sentimiento de su historia sobre bases económicas y en que la inteligencia, por ello, mismo, sufre la más grave de las crisis. Sin embargo, el mundo es un vasto campo de inquietudes espirituales en que los intereses inmediatos de las luchas del hombre borran la castidad de sus formaciones mentales, en el entrecruzamiento de los valores inéditos de nuevas responsabilidades humanas e históricas que definen los nuevos cuadros en que se desenvuelven las tendencias que se reparten el haz del globo. Pero en este panorama de geografía humana sólo dos tendencias étnicas se reparten el predominio del mundo: la gravedad fría de los pueblos del Norte y la ligereza sutil de los pueblos del Medio Día de la civilización.

La frialdad es el lirismo bruto, inesperado, es la acción que busca desentumecer las fuerzas heladas en el silencio de una batalla sorda contra todos los elementos de la naturaleza. Y la alegría, el espíritu de frivolidad, el dulce canto del sol y de las estrellas sobre las pupilas de los seres que descubren, con gracia, los secretos de la belleza, entonándole cantos que a veces tienen la gravedad del análisis y a veces la magnificencia de un sometimiento místico.

¿Quién no ha sentido en su inteligencia el eco de esta lucha establecida en torno a los valores sociológicos y espirituales de nuestra historia? ¿No es ella la que constituye el espectáculo más atrayente de los tiempos actuales? Nos referimos a la lucha de los intereses espirituales que el afán de los hombres despierta en sus conquistas de los planos reales del mundo, olvidando, voluntariamente, las divisiones del Capitalismo y el Comunismo en que se empeñan los combates de las ideologías. Efectivamente, a través de los esfuerzos de la vida actual hay una crisis del espíritu religioso y del espíritu de cultura que los analistas de la decadencia de nuestra época tratan de apaciguar inquiriendo el sentido de la lucha de predominio de las dos grandes civilizaciones que han prevalecido sobre la tierra: Oriente y Occidente.

El sistema de sensibilidades de que so-

mos dueños, nosotros los occidentales, el sistema de razones que nos impone la realidad, sólo encuentra su plenitud en la rotación de las ideas y de las acciones que explican el florecimiento de una moral práctica. La simple lucha de dos tendencias espirituales no es suficiente para explicar las crisis de una civilización; para que ella defina su existencia es necesario que tenga el sentido de la responsabilidad, es decir, de la madurez, la cual, en síntesis, no es otra cosa que el primer síntoma de la decadencia. Y los hombres, en cualquier latitud del globo en que se hallen, no buscan, en sus superaciones cotidianas, sino llegar a la plenitud de esa madurez que agota siempre sus energías creadoras, y, por saturación, el aliento de sus inquietudes y sus ambiciones. ¿No es el choque de dos continentes, por lo tanto, lo que terminaría con la vida de uno de ellos; y en otros planos, no es el predominio de una religión o el fracaso de una moral, con todas sus consecuencias sentimentales, lo que destruirá los resultados constructivos de muchos siglos de búsquedas espirituales! El cuadro de las crisis finales de una civilización lo forman, mas bien, la confusión de sus valores, el entroncamiento enrevesado de sus tendencias, la difusión inesperada de sus inquietudes, el predominio moral de una religión. Sin embargo, todos los manuales enervan-

tes del pesimismo occidental nos repiten incesantemente: "¡Oriente contra Occidente!" Pero los poetas, los viajeros, los que han olvidado las luchas de las viejas morales, nos dicen lo contrario. ¿Cuál será el bárbaro, el hombre de Occidente, con su sentido de la adaptación y del espíritu de conquista, o el hombre de Oriente, con su moral estática y su voluntad individualista o panteísta? No lo podríamos afirmar porque los dones del espíritu, cualesquiera sean las civilizaciones a que pertenecen, sufren el fenómeno de una fecundación perenne que no permiten obligarlos para someterlos al análisis.

En lo que se refiere a los problemas de las crisis puramente occidentales, hay algo que requiere una revisión completa de valores para que se logre la tranquilidad de todos los que creemos en las excelencias de nuestra época: la diferenciación moral de las dos tendencias humanas que luchan por la supremacía espiritual del mundo. La civilización europea tiene sus ojos puestos en las luchas de los dos grupos de seres cuyas concepciones de la vida se oponen cotidianamente: los pueblos del Norte y los pueblos del Medio Día de Europa. Los primeros poseen la voluntad, el secreto de la protesta oportuna, y los segundos, la abundancia, los secretos de la improvisación, el gusto del peligro desinteresado. ¡Apartad al judío—cemento de inconsistencia racial o de aventura profética—, y pensad en la grandeza del futuro, en el seno de estas dos tendencias humanas en que cada hombre sólo se separa de su vecino por la expresión, en una lengua distinta, de un mismo ideal, de idénticas esperanzas, en las que se halla la sumisión de algo que nadie ha comprendido aun y que todos, sin embargo, han sentido vibrar, más de una vez, en la vida!

¿Y las otras razas que adopten nuestras normas espirituales y sus realizaciones materiales? Solamente figuran en nuestra experiencia cotidiana por un snobismo sociológico. Ni el japonés, ni el chino, ni el hindú, ni el ruso, ni el negro, serán una amenaza étnica para la gran batalla de los espíritus que han creado la civilización. Cada uno de ellos forma sus propios cuadros para oponerlos, en una concurrencia que puede ser peligrosa, a sus rivales. Por otra parte, alejándonos de las razas que todo lo han resuelto por un sensualismo más o menos bárbaro, los pueblos de Oriente son pueblos que han salido de la religión para entrar en la moral. Y la aceptación de la moral es el paso más difícil de hacer dar a los hombres. La moral pura — la moral del chino, la moral del japonés, la moral del hindú —, son cosas inconcebibles para los europeos. En alguna de sus páginas nos dice André Gide que al conversar con un diplomático chino sintió claramente lo distante que se hallan Europa y el Asia: aquel hombre no comprendía las contradicciones de una moral tan elevada como la cristiana y sus resultados prác-

INDICE



12 libros que le convienen:

Teodoro Dreiser: <i>El financiero</i> . Novela. 4.00	4.00
Ramón Pérez de Ayala: <i>Tigre Juan</i> . Novela	3.50
José Enrique Rodó: <i>Motivos de Proteo</i> . En dos vols.	5.00
Pedro Emilio Coll: <i>El Castillo de Elsinor</i>	3.25
Pablo Neruda: <i>Crepusculario</i> . Poemas.	4.00
Ladislao Reymont: <i>El vampiro</i> . Novela.	3.00
E. José Varona: <i>Violetas y ortigas</i>	3.25
Alfonso Reyes: <i>Calendario</i>	2.00
Pío Baroja: <i>Las horas solitarias</i>	3.50
Th. Birt: <i>La cultura romana</i>	3.00
Ben Jonson: <i>Volpone o El Zorro</i> . Adaptación de Luis Araquistain	3.00
Carlos Pereyra: <i>El mito de Monroe</i>	3.00

Solicítelas al Adr. del Rep. Am.